

tas cosas por haceros creer que he sido bueno. No: lejos de mí la vil hipocresia. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postrado en esta cama, no soy lo que debía; mas esta confesion os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por el conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder el mismo vicio; de suerte, que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguos extravios (lo que Dios no permita) no me desdejaré de lo que ahora os escribo, ántes os confesaré que hago mal; pero conozco el bien, segun se expresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado, determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fuíme en efecto....

CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller da razon de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.

LEGUE á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, asi de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y despues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito, ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado? Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez

que sale de México, segun noticias. Así es, señora, la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por politica le respondí: sí señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad como en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí, sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, segun nos ha dicho Januario.

Este Januario era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal salí yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fué mi eterno ahuzote (*) y mi sombra insepa-

* Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuitzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicacion del templo principal de México, mas de 64.000 víctimas humanas, segun dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro dias que duró la fiesta fueron sacrificados 72.344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresion en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuitzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquiera género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy cesagerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algun error ó en la numeracion de los MS. que tuvieran presentes los AA., ó en la interpretacion de las cifras y geroglíficos de los mexicanos, ó en la significacion de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siem-

parable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres: salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enriquez: salió de allí, salió él: entré á San Ildefonso, entró él también: me gradué, y se graduó en el mismo día.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado; pero como en mi consabida escuela era constitucion que nadie se quedara sin su mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y segun esta regla le pusimos á D. Juanuario *Juan Largo*, combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfeccion que mas se distinguia en su cuerpo. Pero despues de todo, él fué mi maestro y mi mas constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas, y mi sobrenombre de PERIQUILLO SARNIENTO por todas partes; de manera, que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofia y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no sería yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusion de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz, y al pregozoso de mis glorias; pues todos estos títulos desempeñó á satisfacción el grande y benemérito Juan Largo.

No sabia, con todo eso, si aquellas señoras tenían tan larga relacion de mí, ni si sabian mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando tábá, como dicen, con la señora y una porcion de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció terció de paja, porque sobre no haber quince años

pre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Ahuitzotl en esta ocasion debió de escandalizar á sus vasallos, dando origen á la frase.

feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura: motivo poderoso para que yo procurara manejarla con cierta afabilidad y circunspeccion lo mejor que podia para agradarla; y ya habia notado que cuando decia yo alguna facetada colegialuna, ella se reia la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto que escuché ruido de caballos en el patio de la hacienda, y ántes de preguntar quien era, se fué presentando en medio de la sala, con su buena manga, paño de sol, botas de campana, y demas aderezos de un campista decente. . . . ¡quién piensan vdes. que sería? ¡Quién habia de ser, por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en comun y sobre la marcha, se dirigió á mí con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: ¡ó mi querido Periquillo Sarniento! ¡tanto bueno por acá! ¿cómo te va, hermano? ¡qué haces? siéntate.

No puedo ponderar la enojada que me di al ver como aquel maldito en un instante habia descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y lo que yo mas sentia, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor impudencia y sin el menor miramiento de mi persona. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado, lo que sí me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardan mas que si los hubiese estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no sé qué, con mucho desdén y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso conseguí, pues mientras yo me ponía mas sério, las muchachas reían de mejor gana, de modo que parecia que les hacian cosquillas á las muy puercas,

y el pícaro de Juan Largo añadía nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenia, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo mas que forzada.

En fin, despues que me periquearon bastante y disecaron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenian baso para reir, ni aquel bribon bufonada con que insultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad.

Entonces fué la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es el de los truhanes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de perder el mejor amigo por no perder la facetada que les viene á la boca en la mejor ocasion; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerias, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscípulo, que me fué á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sugetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa, y nos sentamos todos segun la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlán, (lugar á siete leguas de México) que era un viejo gordo y harto sério.

Comieron todos alegremente, y yo tambien, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y mas cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados esquisitos y sabrosos dulces; porque D. Martin, que asi se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas que yo no entendí; pero despues que alzaron los manteles, preguntó una señora ¿si habiamos visto la cometa? El cometa dirá vd., seño-

rita, dijo el padre vicario. Eso es, respondió la madama. Sí, lo hemos visto estas noches en la azotea del curato y nos hemos divertido bastante. ¡Ay! que diversion tan fea, dijo la madama. ¿Por qué señorita? ¿Por qué? porque ese cometa es señal de algun daño grande que quiere suceder aquí. Riase vd. de eso, decia el cleriguito: los cometas son unos astros como todos; lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones, pero no maliciosos. Si no, ahí está nuestro amigo D. Januario, que sabe bien qué cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y él nos hará favor de esplicarlo con claridad para que vdes. se satisfagan. Sí, Januarito, anda, dinos cómo está eso, dijo la prima: mas el demonio de Juan Largo sabia tanto de cometas como de pirocthenia, pero no era muy tonto; y así sin cortarse respondió: prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones, la una porque es muchacho muy hábil, y la dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena esplicacion cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Conque vamos, suplicale al *Sarnientilo* que te lo esplice: verán vdes. qué pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros yo te esplicaré, no digo qué cosa son cometas, y por donde caminan, que es lo que ha apuntado el padrecito, sino que te diré cuantos son todos los luceros, como se llama cada uno, por donde andan, que hacen, en qué se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tío Quevedo:

El mentir de las estrellas

Es un seguro mentir,

Porque ninguno ha de ir

A preguntárselo á ellas.

Conque ya quedamos, Poncianita, que te explicará el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho, mientras yo con licencia de estos señores voy á ensillar mi caballo; y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decia, que estando allí los señores padres, ellos satisfarian el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la excusa: el vicario de Tlalnepantla me habia conocido el juego, y porfiaba en que fuera yo el explicador. Yo, decia, no señores: fuera una groseria que yo quisiera lucir donde están mis mayores. El cura, que era tan socarron como sério, al oír esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo y dijo: sabrán vdes. para bien saber, que en tiempo de marras, habia en mi parroquia un cura muy tonto y vano, entre los que eran mas tontos: él, pues, un dia estaba predicando lleno de satisfaccion cuantas majaderias se le venian á la cabeza, á unos pobres indios que eran los que únicamente podian tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo mas fervoroso del sermon, cuando fué entrando en la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborótose el auditorio y turbóse el predicador; siendo su sorpresa mayor que si hubiese visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el bonete, y diciendo su ilustrísima que continuara, exclamó: cómo era capaz, señor ilustrísimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermon! Eso no, suba usía ilustrísima, y acábelo, mientras acabo yo la misa *pro populo*. El arzobispo no pudo contener la risa de ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curato: apliquen vdes. Calló el padre gordo diciendo esto. Sonriose el vicario y las mugeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabia cierta duda en si lo diria por mi política, ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspension, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio diciendo á la Poncianita: vd. niña, elija quien ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó

yo; y si la eleccion recae en mí, lo haré con mucho gusto, porque no me agrada que me rueguen, ni sé hacer desaire á las señoras. Sin duda la guiñó del ojo; porque al instante me dijo la prima de Largo: vd. señor, quisiera me hiciera ese favor. No me pude escapar: me determiné á darle gusto; mas no sabia ni por donde comenzar, porque maldito si yo sabia palabra de cometas, ni cometas: sin embargo, con algun orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante) dije: pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas mas grandes que todas las demas; y despues que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima. ¡Muy larguísima? dijo el vicario: y yo que no conocia que se admiraba de que ni castellano sabia hablar, le respondí lleno de vanidad; sí, padre, muy larguísima, ¡pues qué no la ha visto vd.? Vaya, sea por Dios, me contestó. Yo proseguí: estas colas son de dos colores, ó blancas ó encarnadas: si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo; y si son coloradas como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso *la* cometa que vieron los reyes magos tenia su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor y la paz general del mundo, que hizo por esta razon el rey Octaviano, y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la noche buena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá retirados, y solo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algun rey, el nacimiento de algun santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los dias; porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está vd. servida, señorita. Muchas gracias, dijo ella. No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar; sino un atajo de dis-

parates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses &c. &c. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito, pero tengo alguna tintura de una que otra cosilla de estas; y aunque es muy superficial, me basta para conocer que vd. tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea vd. cándido. Sepa vd. que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes del Oriente cuando nació el Salvador era cometa, ni Octaviano fué rey, sino cesar ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio; sino que el príncipe de la paz Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general, que fué en tiempo de Augusto Cesar Octaviano, ni crea vd. finalmente, ninguna de las demás vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense vd. que esto lo digo á tintin de boca, le explicaré en breve lo que es cometa. Oiga vd. Los cometas son planetas como todos los demás, esto es: lo mismo que la *Luna*, *Mercurio*, *Venus*, la *Tierra*, *Marte*, *Júpiter*, *Saturno* y *Herschel*, los cuales son unos cuerpos esféricos (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas) son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, así como no la tiene la tierra, pues la que reflectan ó nos envían, se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular, respecto á los demás planetas, quiero decir: aquellos hacen sus giros sobre el sol esférica, y éstos elípticamente, pues, unos dan su vuelta redonda, y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo mas camino que andar, nos tardamos nosotros mas en verlos; así como mas pronto verá vd. al que haya de ir y venir te aquí á México, que al que haya de ir y venir de aquí á Goa-

temala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo. Esas colas que se les advierten, no son, segun los que entienden, otra cosa mas que unos vapores que el sol les extrae é ilumina, así como ilumina la ráfaga de átomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la disposicion en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presten un color blanco ó rojo, para cuya persuacion no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los dias advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja segun su posicion respecto al sol*. En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo mas fundado y probable por los fisicos en esta materia: lo demas son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si vd. quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brison, y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famotiori*, esto es, con estension. La que yo he tenido para explicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedanteria, pues estas materias son ajenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al señor cura; pero la ignorancia y vanidad de vd. me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sugetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y vd. me agradecerá ó no, mis buenas intencions, que se reducen á hacerle ver, no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

Contemplan ustedes ¿cómo quedaria yo con semejante responsorio? Al instante conocí que aquel padre decia muy bien, por mas que yo sintiera su claridad, pues aunque he sido ignorante; no he sido tonto, ni he tenido cabeza de *tepeguaje*: fácil-

* Estas explicaciones del padre vicario indican que tampoco él estaba muy instruido en el asunto.—E.

mente me he docilitado á la razon; porque en la realidad, hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades mas evidentes! y mas infelices aquellos cuya obstinacion es tal que los hace cerrar los ojos para no ver la luz. ¡Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razon en ningun tiempo! Quedéme confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocia por sobre de mi ropa; porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenia qué. Las señoras, el cura y demás sugetos de la mesa, solo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corria mas y mas.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, diciendo: señores, hemos hablado bastante: yo voy á rezar vísperas, y es regular que las señoritas quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se tiraron sobre los canapees: otros cogieron un libro: otros se pusieron á divertir á juegos de naipes, y otros por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Solo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les dí las gracias, y me escusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbraba dormir un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las mas serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

Ciertamente, decia yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero despues de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no intiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¡Qué he leído yo de

planetas, de astros, cometas, eclipses, ni nada de cuanto el padre me dijo? ¡Cuándo he visto ni por el forro, los autores que me nombró, ni he oído siquiera hablar de esto antes que ahora? ¡Pues quién diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosa que no entiendo, y luego explicador tan sandío y orgulloso? ¡En qué estaria yo pensando? Ya se vé, soy bachiller en filosofia, soy fisico. Reniego de mi fisica y de cuantos fisicos hay en el mundo si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¡Qué dirá este padre? ¡Qué dirá el señor cura? ¡Y qué dirán todos? Pero ¡qué han de decir, sino que soy un burro? Para mas fué que yo, el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio: saber callar es un principio de aprender, y el silencio es una buena tapadera de la poca instruccion: Juan Largo no hablando, dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo con hablar tanto no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedió, ya no hay remedio. Ahora para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demás, y suplicarle me dé un apunte de los autores fisicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la fisica no puede menos que ser una ciencia, á mas de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolucion me levanté de la banca y me fuí á buscar al vicario que ya habia acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia. Padrecito, le dije: ¡qué habrá vd. dicho de la nueva explicacion del cometa que me ha oído? Vamos, que vd. no se esperaba tan repentino entremés sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de fisica y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostubré á decir que era fisico, lo creí firmísimamente, y pensé que no habia ya mas que saber en esa facultad. A esta preocupacion se

siguió el ver que había quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y me dieron mis galas; y despues de esto, no habrá ocho días que me he graduado de bachiller en filosofia, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo*: pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo*, me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomon; pero vd. me ha dado ahora una leccion de que deseo aprovecharme; porque me gusta la fisica, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que vd.

Esa es una buena señal de que vd. tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues esto no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora.

Pero ¿dónde aprendió vd. ese monton de vulgaridades que nos contó de los cometas? Porque en el colegio seguramente no se las enseñaron. Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudicion que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa. No es vd. el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Vd. lo que debe hacer es aplicarse, que aun es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré tambien algunas leccioncitas mientras estemos aquí.

Le di las gracias, quedando prendado de su bello carácter: iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

CAPITULO VII.

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.

SIN embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome: por lo que toca á lo que vd. me pide acerca de que le instruya de los mejores autores fisicos, le digo, que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que he de aconsejar á vd. que lea, y fácilmente los puede encomendar á la memoria. Procure vd. leer la *Fisica esperimental de los Abates Pára y Nollet*, las *Recreaciones filosóficas del padre D. Teodoro de Almeida*, el *Diccionario de fisica*, y el *tratado de fisica de Brisson*. Con esto que vd. lea con cuidado, tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural como que es tan análogo al anterior, podrá leer con utilidad el *Espectáculo de la naturaleza por Pluche*, y con mas gusto y fruto la *Historia natural del célebre conde de Buffon*, llamado por antonomasia el *Plinio de Francia*.

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes, ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelesa y todo enseña, así en la fisica como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupacion que no cansa. La doctrina que ministra es dulce, y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen mas que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo como ve el Universo con otros ojos, pasa mas allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.